

El teatro en Oaxaca: Entre lo efimero y lo perenne

Miguel Angel Tenorio

Lo efimero es un suspiro. Lo perenne es el viento que sopla, que fluye y nunca cesa. El teatro en Oaxaca cabalga sobre estas dos afirmaciones. Y al ser una es la otra al mismo tiempo. "Cómo puede ser esto así? Veamos. Al llegar a Oaxaca, la primera impresión es que estamos ante un lugar lleno de cultura. Es un cofre cargado de tesoros, con cielos maravillosos. No es extraño que aquí abunden los pintores, con una variedad de lenguas que suenen muy musicales; no es extraño tampoco la cantidad de música que hay aquí. Los niños aprenden a leer música mucho antes que leer el idioma español.

El propio país, México, está lleno de manifestaciones culturales. Se produce cultura todos los días. No sabe uno decir si a pesar de todo o gracias a las desgracias cotidianas. Pareciera que la producción de cultura en nuestros días fuera la mejor forma de sobrevivir que tienen nuestros pueblos ante los embates de las cada vez más frecuentes desgracias económicas. Y utilizo deliberadamente el término "desgracias" para referirme al acontecer económico, porque en ése, al igual que sucede con las acciones de los dioses en el pensamiento religioso de nuestros pueblos, en ese acontecer, en ese devenir, los factores externos hacen lo que quieren. El hombre es impotente ante ellos. La mano del destino tiene la palabra. Somos sus piezas para que las mueva a su antojo. La vida del hombre es efimera. La del destino, perenne.

Los dioses de nuestros días han movido los hilos de la economía y alguna furia, algún enojo deben tener con nosotros que sistemáticamente, desde hace como 20 años, nos han venido lanzando desgracia tras desgracia. Nuestros pueblos están acostumbrados a las iras, enojos y enconos de los dioses. Estamos acostumbrados a ofrendar nuestras vidas para intentar agradar a los dioses y obtener algo de su misericordia que nos permita gozar un poco de la vida, de los placeres de esta tierra, que deben ser pocos, porque en cuanto nos es posible, al calor de los embriagantes y los alucinógenos, con la música y el baile permanentes, nos vamos elevando, entrando a otro estado, una especie de encuentro con los dioses, el lugar de la reconciliación, el momento de la paz, de la plenitud.

Vivimos una vida cotidiana en la que no queremos estar. “¿A qué le tiras cuando sueñas, mexicano?” cantaba y decía bien un trovador contemporáneo de nombre Chava Flores. Estamos ausentes de nuestro presente. Atónitos. ¿Será tal vez porque nuestro presente es tan efímero? Del extranjero nos llegan las más modernas técnicas para, como dicen, “eficientar” al personal. Es la nueva evangelización. Y aunque hay resistencia abierta como la hubo en la anterior, esta nueva evangelización que nos promete la llegada al primer mundo, parece, en primera instancia penetrar fácilmente entre nosotros. Como también parecía que en aquel entonces la evangelización que prometía la llegada al reino de los cielos estaba logrando su cometido. Cometero donde por cierto, el teatro fue un instrumento que se puso al servicio del adoctrinamiento. Hoy es la televisión el instrumento y el teatro, en muchos casos, el instrumento de la resistencia. Mañana será el Internet, realidad virtual y demás innovaciones tecnológicas los instrumentos de evangelización y el teatro y la televisión los instrumentos de la resistencia. Falta decir aquí que frente al teatro de evangelización cristiana, el instrumento de resistencia era la fiesta religiosa. Y también hay que decir que en este nuevo adoctrinamiento, al igual que en el anterior, aparentemente hay penetración, pero solo una parte entra, lo otro se queda afuera. ¿Qué pasa?

Cuando la conquista española, los evangelizadores sonrieron satisfechos al ver a los indígenas arrodillándose a orar ante la cruz. Lo que los españoles no sabían era que bajo la cruz, bajo la tierra, las imágenes de los dioses indígenas permanecían ahí. Por lo tanto, los indígenas seguían adorando a sus dioses. Y también con el paso del tiempo, al fijarse la costumbre, terminan adorando al dios blanco traído de Occidente. Ahí está el sincretismo. Sincretismo donde lo aparentemente efímero se vuelve perenne. La tradición es lo que hace de lo efímero una manifestación de lo perenne. En esta nueva evangelización proveniente del mundo anglosajón, es probable que ocurra lo mismo: nos volveremos adoradores aparentes del libre mercado, pero bajo esta fachada subyacerá nuestra cultura anterior. Y así seguiremos acumulando sincretismos.

Oaxaca se diferencia en mucho del resto del país porque tiene una identidad muy acendrada. La mayor parte de sus 570 municipios se rigen políticamente con el sistema denominado de “usos y costumbres” que se caracteriza por gobernarse a través de una gran asamblea popular en la que se decide, con el voto razonado y expuesto públicamente por cada uno de los miembros de la colectividad, quienes deben ser las autoridades y las cosas que se deben hacer. Y de los usos y costumbres pasamos a la defensa de las tradiciones, de las raíces. Se habla zapoteco, se habla mixteco, huave y muchas

otras lenguas. Gran parte de la población es bilingüe y su vida cotidiana, hasta este momento, es una constante defensa de sus tradiciones.

Las fiestas religiosas son las mejores confirmaciones de que las tradiciones están vivas. Y en la fiesta hay procesión, hay música, hay baile. Las calendas, las mojigangas. Es un teatro muy vivo. La gente se disfraza. Se vuelven actores. No en todas las fiestas hay teatro, como tal, con su drama bien definido, pero sí hay una conexión de la sociedad con lo teatral. En este suceso no hay actores ni escenario en términos formales, pero en términos reales sí hay actores – las personas que intervienen – y hay escenario, el espacio real. Los personajes desarrollan su historia con una lógica particular y viven plenamente lo que están haciendo. Al día siguiente retornarán a su vida diaria y volverán a actuar hasta el próximo año. Es como el Carnaval. He aquí lo efímero y lo perenne al mismo tiempo.

Cuando recordamos lo que nos cuentan alrededor de las fiestas dionisiacas donde había canto, baile, desenfreno, todo esto dentro de un marco colectivo más o menos organizado, y que de ahí, al irse adoptando poco a poco algunas formas más específicas, especializándose los participantes y regulándose las participaciones, de ahí nació el teatro. Cuando vemos lo que pasa en Oaxaca, no podemos menos que maravillarnos, pues frente a nuestros ojos se encuentra la historia de la conformación del teatro. Historia que es presente.

La fiesta religiosa pone en movimiento a la comunidad y todos participan. Algunos tocan, otros bailan y otros personifican: son diablos o animales o viejitos o mujeres. Otros incluso representan a los aberrantes personajes de nuestra vida política, sirven para el escarnio y así logramos venganza. La tradicional festividad de Oaxaca, Los Lunes del Cerro, mejor conocida como Guelaguetza, tiene también elementos de fiesta religiosa, donde la danza es muy teatral, aunque no llega a ser teatro. Es más teatro, la otra festividad, la que se celebra los domingos anteriores a los Lunes, el llamado Bani Stui Gulal, la cual es una representación de como vivía la población la celebración de la Guelaguetza en las distintas épocas: prehispánica, colonial, la independencia y nuestros días. Aquí los actores se preparan durante varios meses para llevar a cabo solo dos presentaciones. La ventaja es que esto ya es una costumbre. Hay quienes han hecho el mismo papel por diez años. Y he aquí lo efímero, sólo son dos presentaciones, y lo perenne, porque tales presentaciones son parte de un continuo, de algo que ya se quedó en la tradición de esta sociedad. La gente acude a ver lo mismo, porque quiere ver exactamente lo mismo.

Al lado de este teatro que linda en la frontera con la danza, también encontramos un teatro un poco más elaborado como es el llamado teatro comunitario, donde a través de las acciones escénicas la comunidad expone sus problemas y busca soluciones, o retoma leyendas para recrearlas y explicarse su mundo. Y aunque el teatro comunitario es un paso adelante del teatro que se hace en las festividades religiosas, en cuanto a que cuenta con un grupo de actores más o menos estable, que son trabajadores del campo, comerciantes, plomeros, albañiles, choferes y de muchos otros oficios, pero que se buscan un tiempo para hacer teatro, de todas maneras, no pueden llevar a cabo muchas representaciones. Un día en la fiesta del pueblo. Y tal vez otras diez o doce en el año, en las festividades de otras comunidades. Y pueden representar la misma obra todos los años. Una obra que siguen trabajando, a la que le siguen descubriendo, añadiendo, quitando. Y el público que la recibe, generalmente ya la conoce y la vuelve a ver con el mismo gusto y placer que la primera vez, o tal vez hasta más. He aquí lo efímero y lo perenne al mismo tiempo.

En la ciudad de Oaxaca, desde el siglo XIX, ha habido constantes intentos por mantener temporadas de teatro más o menos estables, con actores más profesionalizados, y sin embargo estos momentos de mucha producción se vuelven efímeros en el devenir del tiempo. Las dos últimas muestras de teatro estatal son un ejemplo: en el año 1995 se presentaron tres grupos y en el año 1996, doce. En el 1997 puede no presentarse ninguno y esto no puede movernos a sentirnos sorprendidos. Por otro lado los grupos se llevan muchos meses, tal vez un año o más, en la preparación de una obra. He aquí lo efímero y lo perenne al mismo tiempo.

Para el que llega de la Ciudad de México, la cual según se dice, se encuentra entre las cinco capitales del mundo donde se hace más teatro, con 80 sitios donde al menos una vez a la semana alguna actividad escénica se puede presenciar, resulta decepcionante encontrar que hay en la Ciudad de Oaxaca sólo dos grandes teatros en donde se presenta, por cierto, poco teatro. Al adentrarse un poquito más allá de la primera impresión uno descubre los distintos tipos de teatro que aquí hemos mencionado: el de las fiestas religiosas, el teatro comunitario y el – discreto pero finalmente existente – teatro más formal. Y tras ese descubrimiento podemos afirmar que en Oaxaca, además de música y pintura, sí hay también una teatralidad latente. Que su manifestación pública puede ser efímera porque así parece ser su naturaleza, eso es cierto, pero que su relación con la sociedad es de perennidad, porque sus representaciones están conectadas con las raíces y tradiciones que forman parte de la historia ancestral de nuestros pueblos, eso también es cierto.

Vivir a medio camino entre lo efímero y lo perenne es la forma de vida de estas comunidades. Efímera es la vida de un ser humano específico. Perenne es la vida de la comunidad. La cultura llamada occidental gracias a la Revolución Francesa, a la Independencia de los Estados Unidos y al desarrollo del pensamiento crítico libre y la democracia ha puesto el acento en la libertad del hombre. En nuestras culturas indígenas el pensamiento comunitario es el dominante. Si el teatro es, entre otras cosas, un reflejo de la sociedad, el teatro en Oaxaca vive entre lo efímero y lo perenne porque así ve el mundo la sociedad que lo genera. La pregunta final sería: "De qué nos sirve saber que el teatro en Oaxaca se muestra entre estos dos extremos? Tal vez para afirmar que para estos pueblos artistas no importa si hay crisis económica o no, ellos parecen entender que ante las iras de los dioses lo que queda es seguir trabajando, ofrendando sus vidas. La artesanía es una ofrenda para los dioses. La fiesta religiosa también. El teatro también. Estos pueblos producen cultura para sobrevivir. Saben que su vida es efímera y no pierden el tiempo. Trabajan ofrendando su vida efímera con el propósito más trascendente de conectarse con lo perenne. De formar parte del Devenir total, de la Historia General, de la Vida en Sí.

Tal vez lo que nos toca aprender a los mestizos, hijos por un lado de estas comunidades indígenas cuya cultura subsiste, querámoslo o no, en el fondo de nuestras almas; hijos también de la cultura occidental con la que hemos crecido y nos han formado; lo que nos toca aprender, digo, es como hacer que nuestra vida efímera se conecte con lo perenne y resulte así una vida que haya valido la pena vivirse. Porque más allá del posible reconocimiento que pueda satisfacer el alma de un hombre formado en el pensamiento occidental, para nosotros los mestizos, tal vez la mayor satisfacción se pueda dar en el volvernos parte constituyente y fundamental del todo. Y finalmente podemos decir que en Oaxaca, y en cualquier lugar, puede haber mucho o poco teatro, lo cierto es que siempre hay el que la sociedad necesita que haya, de acuerdo a su ser, su sentir y su forma de percibir del mundo.

Oaxaca